

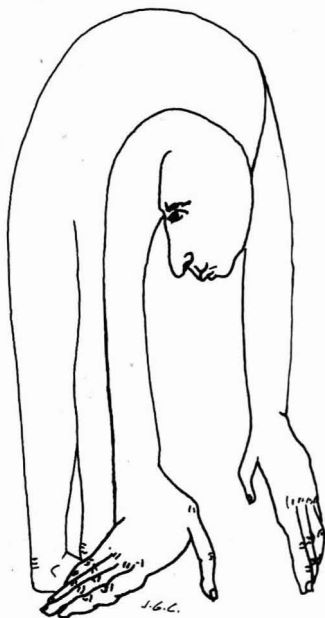
necen tanto a Madison Avenue como al Surrealismo y al Dadá. Los emplean también los que presentan a la guerra como una cruzada: ¿Quién no recuerda el dedo índice de Lord Kitchener, ministro de la guerra británica y la leyenda "Your country needs you" —tu país te necesita—?, al igual que aquellos que se oponen a las guerras, Vietnam, por ejemplo, y el dedo del ministro se transforma en el dedo descarnado de la muerte, tocada con el sombrero del Tío Sam. Usan también el medio de los que glamorizan al Ché Guevara, en uno de los carteles o posters mas famosos y populares de los últimos diez años, y aquellos que saben de verdad por qué murió: "Otras manos tomarán las armas", dice un cartel cubano que muestra el rostro de Guevara muerto, y que forma parte de una vasta variedad de magníficos posters políticos en pro de la Revolución Cubana.

Desde París

**ALFREDO
BRYCE ECHENIQUE**

VINCENNES: EXTRAÑO ENCARNIZAMIENTO

En noviembre de 1979, publiqué en esta revista un artículo titulado "¿Se va Vincennes?", en el que me ocupaba de lo que podríamos llamar "la vida difícil de la Universidad de París VIII" (nombre con el que se le designa oficialmente), desde su creación como fruto de las luchas estudiantiles de mayo del 68, hasta el momento en que el actual gobierno decide, a pedido de la Alcaldía de París, su traslado a Saint Denis, suburbio industrial situado al norte de la capital, creando un clima de incertidumbre y angustia entre el profesorado y el alumnado. Antes del verano euro-



peo, digamos que hacia el pasado mes de mayo, a nadie le cabía ya la menor duda: Vincennes se iba, la construcción de un nuevo local en Saint Denis avanzaba, había que rendirse ante la evidencia, y lo más indicado era vigilar aquel traslado para que no se convirtiera en un verdadero desmantelamiento de la universidad, en una liquidación de aquellas particularidades que la hicieron famosa e inquietante, objeto de admiración incondicional entre unos, y de temor y desprecio entre otros.

En la práctica, nadie llamaba a Vincennes Universidad de París VIII. Se le llamaba Vincennes porque quedaba en el bosque del mismo nombre y porque la palabra Vincennes se había convertido con los años en una especie de símbolo, en una especie de círculo en el que se habían encerrado, para preservarse del poder que con tan malos ojos las miraba, las ideas y los sentimientos que predominaron en aquella primavera febril de 1968. Hoy Vincennes queda en Saint Denis, pero hasta en la prensa se le sigue llamando Vincennes... Y mientras tanto, en el hermoso bosque parisino, una especie de huracán bíblico acaba de borrar para siempre los locales de Vincennes de la superficie de la tierra, para usar un vocabulario garcíamarquezo.

El encarnizamiento que se ha mostrado, ya no con esta universidad sino con los locales vacíos del bosque, con lo que aún podía haber de simbólico en la mera pronunciación de la palabra Vincennes, entre los árboles, ha sido muy extraño. Y no me sorprendería que una de estas noches, algún maniático detractor de lo que fuera el pulmón del 68 (y ojalá lo siguiera siendo, aunque tengo mis dudas), aparezca por el ex campus con un cargamento de azufre. Que no quede idea del 68 sobre idea. O vidrio sobre aluminio, en vez de piedra sobre piedra, pues ahora resulta

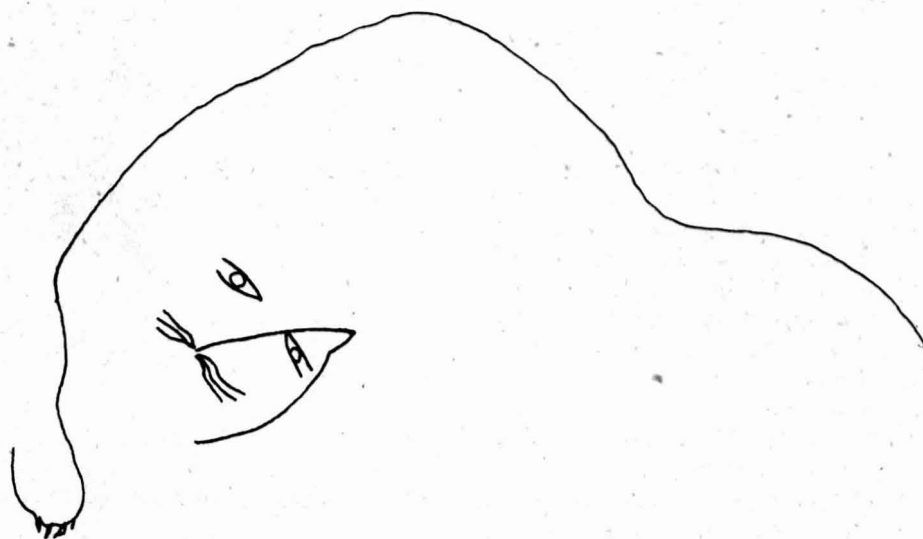
que Vincennes (aclaremos: el local, no la palabra y el significado que fue adquiriendo con los años), era una joya, un logradísimo modelo, un verdadero ejemplo de arquitectura y de construcción metálicas. Había sido edificado para durar, era perfectamente desarmable, habría podido ser transportado con gran facilidad a otro lugar, y su precio actual, superactualizado porque vivimos épocas de austeridad en lo que se refiere al gasto público (y ni qué decir del privado, añadiría medio Francia), es de unos veinticinco millones de dólares.

El huracán bíblico acaba de arrasar con cuarenta mil metros cuadrados de construcción metálica y de arquitectura ejemplar, ha trasladado la Universidad de París VIII a un lugar en que no queda París, y en ese lugar, llamado Saint Denis, ha pagado una fortuna comparable a la gastada en la demolición de Vincennes, porque para construir la nueva universidad era preciso demoler un Instituto Técnico Universitario (cuyo director un día salió a almorzar y cuando regresó ya había un policía con orden de huracán bíblico en su despacho y reclamándole las llaves, además, según cuentan), y enseguida ha gastado otra fortuna en esa nueva universidad, que no puede llamarse Universidad de París VIII, y que de ningún modo debe seguirse llamando Universidad de Vincennes. Hay que decir, en honor a la verdad, que la fortuna gastada en la construcción de la que llamaremos "Universidad a Secas" (dejando que cada cual vaya eligiendo con el tiempo el nombre que más le guste o le convenga; hay quienes han pensado ya en llamarla Universidad de París-Norte, pero inmediatamente ha surgido cartesiana y explicable duda porque por qué ese nombre si el local queda en las afueras norte de París, llamadas Saint Denis precisamente porque...), ha sido menor que la que se pudo haber gastado en épocas de austeridad humanística y abundancia racional-tecnócrata (la eterna ingenuidad política de los tecnócratas), porque el nuevo local de la Universidad a Secas es tres veces más pequeño que el del bosque, de tal manera que los treinta mil estudiantes que antes no cabían allá, ahora van a caber mucho menos acá, y a ver si así también logramos... Le juro al lector que esta falta de rigor y de claridad no es más que un esforzado intento por dar una imagen real de la realidad y que he sido lo más austero posible en el gasto de las palabras.

Volvamos ahora al bosque de Vincennes... Ya no queda nada, pero lo que se dice nada. La demolición ha sido brutal, huracanada, bíblica y, al

parecer de muchos, extrañamente simbólica. Es cierto que la ciudad de París le había alquilado al Estado francés los terrenos por diez años. Es perfectamente legal, por consiguiente, que el Alcalde de esta ciudad, Jacques Chirac, haya reclamado sus terrenos para destinarlos a otros fines, que podemos encontrar justos o injustos, justificables o no. Ese es otro problema. El que inquieta a la prensa hoy es el de la destrucción de un material que habría podido ser perfectamente trasladado a otro lugar. Un material cuyo precio ya conoce el lector. Extraño asunto. Extraño de verdad, y veamos por qué. Jean Prouvé, arquitecto de renombre mundial, gran especialista en construcciones metálicas, y presidente del jurado que decidió quién edificaría el Centro Beaubourg (o Centro Pompidou: he aquí otro ejemplo de algo que se va quedando a mitad de camino, entre dos nombres), ha sido enfático al declarar que aquel material habría podido perfectamente servir para construir casas. Otro dato: la Compañía de Demoliciones Bíblicas S. A. (asumo la responsabilidad de estas palabras), demolió tanto tanto, que no pudo llevarse prácticamente nada útil. De haber podido llevarse más materiales útiles, es decir, de haber podido demoler menos bíblicamente, habría cobrado menos por su huracán. Pero cobró más. Por su parte, los empleados de la compañía que se encargó de la construcción de Vincennes (se me escapó), *in illo tempore*, han calificado su destrucción de "vandalismo administrativo." Extraigo estos tres últimos datos de un artículo aparecido en el diario *Le Monde*, y cuyo título, con sus puntos suspensivos y todo, no puede ser más significativo: "Vincennes demolida con demasiada prisa..."

¿No bastaba con el traslado? Pues parece que no, porque una madrugada del mes de agosto, un día miércoles para ser más precisos, estando el campus desierto porque en verano no hay clases, porque la administración descansa ese mes, y porque ya lo habían mudado todo, aparecieron entre grúas y palas mecánicas (y cuando todo estaba consumado aparecieron también en la televisión), esas enormes bolas de acero que cuelgan de un cable, agarran impulso, y plum, con que Fellini lo destruye todo al final de *Prova d'orchestra*, una de sus últimas películas. Hacia medio día ya sólo faltaba el azufre. Y un profesor de Vincennes me conta-



ba por teléfono que (también) durante el verano habían suprimido los Departamentos de Español en seis universidades del país y que él no sabía adónde diablos quedaba "el nuevo Vincennes" (cito), que le habían contado que sólo se podía llegar hasta él a pie y bajo todo lo que nos caiga del cielo este otoño y este invierno (la primavera hace tiempo que no se menciona en París), y que mientras no le hicieran saber oficialmente adónde quedaba su centro de trabajo él no pensaba moverse de su casa. ¿Se moverán los demás profesores? ¿Se moverán los 30 mil alumnos? Yo con ésta me despido.

Desde España

FEDERICO ÁLVAREZ

CARTA DE MADRID

A cada rato me pregunta alguien por los papeles que dejó Max Aub sobre Luis Buñuel. Saben que Peua, su viuda, me los encomendó con el encargo de preparar su edición, pero no saben que, durante mucho tiempo, han sido para mí una especie de aporía personal: un problema sin solución. A veces me pregunto si no llegó a serlo también para Max, aun-

que, por supuesto, por muy otras razones.

Hoy, domingo 3 de enero de 1971 —escribe en un borrador de prólogo—, tras dos años y medio de preparación, empiezo a poner en orden mis papeles de Luis Buñuel, que pasa a ser personaje. No las tengo todas conmigo. Los personajes, personajes son y quedan. Buñuel vive y morirá. El que salga de este cúmulo de documentos, recuerdos venidos al folio, ¿sobrevivirá? Para eso necesito acabar este libro y que no acabe él conmigo.

Fue Antonio Ruano, director de la Editorial Aguilar en México, quien le propuso a Max escribir un libro sobre Buñuel. La idea fue acogida por Max con entusiasmo y creció rápidamente en su cabeza en mil direcciones. En Buñuel confluían corrientes estéticas, maneras de vida, ideologías políticas y filosóficas, y todas ellas se concretaban en su persona como protagonista excepcional, *hombre de carne y hueso* que hubiera dejado atónito a Unamuno. El espacio—escenario (España, Francia, México) y el tiempo histórico (dictadura de Primo de Rivera, II República, guerra civil, guerra mundial, exilio), trenzados a este protagonista señero, eran una incitación a la novela, a una novela que lo fuera de toda una generación. Y en ello había también un reto metodológico: hacer novela de la vida sin salir de la historia verdadera.

La experiencia inversa de su *Jusep Torres Campalans* y la sugestión que vibraba en el título mismo del libro de Aragón *Matisse: novela*, fueron precisando la idea de una nueva puesta al día del que fuera propósito romántico, y luego vanguardista, de mezclar los géneros.

Será un texto entre la historia, la vida y el arte; tal como se inscribe